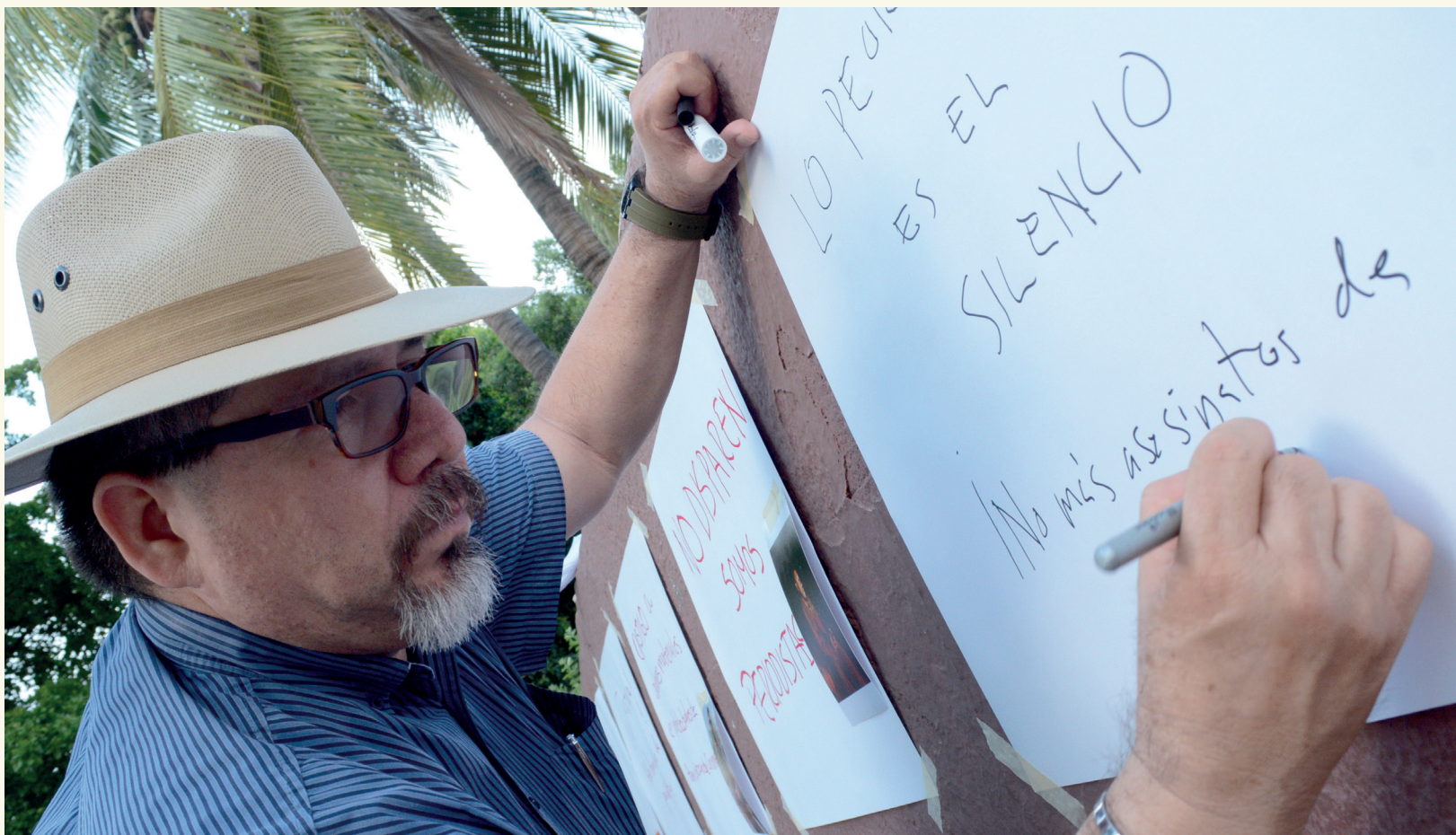


SIETE AÑOS SIN EL BATO



Se cumplen siete años sin nuestro compañero Javier Arturo Valdez Cárdenas, fundador de Ríodoce, asesinado muy cerca de nuestras oficinas el 15 de mayo de 2017. Ha sido un trajinar intenso desde entonces para los que integramos este pequeño barco de papel. Nos planteamos, desde que su cuerpo todavía no era levantado del asfalto, luchar por la justicia, que el crimen se esclareciera y se castigara a los culpables.

Y en eso hemos estado todos estos años, logrando sentencias condenatorias para dos de los autores materiales, Heriberto Pícos, el *Koala* y Juan Francisco Pícos, el *Quillo* (un tercer participante fue asesinado ese mismo año, en Sonora), y reclamando la extradición del autor intelectual, Dámaso López Serrano, para que sea juzgado en México por este crimen.

En 2020, como cada mayo desde su muerte, llevamos a cabo eventos en memoria de Javier, uno de ellos la presentación de una edición conmemorativa de Ríodoce, en la que ofrecemos a los lectores el perfil más completo que se haya elaborado de periodista alguno en México.

Para esta edición de Ríodoce, séptimo aniversario de su muerte, decidimos recoger algunos de los textos publicados hace dos años en ese libro,

todos agrupados en un segmento que titulamos “Las voces de casa”; son entregas de quienes fueron sus compañeros más cercanos. Luis Fernando Nájera, nuestro corresponsal en el norte de Sinaloa, narra el día que lo retó a navegar en Ríodoce y cuando todos enmudecieron en su casa al enterarse de su muerte; Cayetano Osuna, también fundador, nos cuenta el día y por qué le cambió de nombre por Gregorio Samsa, ese mítico personaje kafkiano; Nidia Castro nos comparte la mañana, en la redacción de Noroeste, cuando le preguntó a bocajarro ¿cogiste anoche? Y a partir de lo cual se hicieron grandes amigos; Raúl Torres le pregunta en medio del vértigo ¿cómo decirte que nos siguen matando? Anabel nos describe el caos que significaron las llamadas y mensajes que llegaban con insistencia ese mediodía trágico mientras pensaba que se trataba de una broma. Roxana Vivanco narra las noches en que juntos “patrullaban” la ciudad, mientras exprimían a Real de Catorce y vaciaban ambarinas...

Todos los textos forman un cuerpo inconfundible, la presencia indeleble de un periodista que sabía que estaba reportando en el infierno, pero que nunca perdió la esperanza de que las cosas podían cambiar en este México que, por desgracia, terminó convirtiéndolo en un mártir. ■

La Redacción

EL DÍA QUE TODOS ENMUDECIMOS EN CASA



Luis Fernando Nájera*

UN DÍA, JOSÉ ARMANDO INFANTE me llamó al celular, y me dijo “amigo, quieren verlo, ¿puede venir? Sin desconfiar, le dije que sí.

Cuando llegué, el entonces cronista de la ciudad me describió con el que entonces era un desconocido para mí. “Él es”, le dijo. Javier me extendió su mano y respondí al saludo.

Se presentó como de Ríodoce. Lo dejé hablar.

Me contó la historia del periódico, el quehacer cotidiano, sus planes y el porqué estaba allí.

Retador, me preguntó que si me animaba a escribir con ellos, conociendo lo que hacían.

Entonces me pidió textos. Los envié. Por la tarde, Ismael me preguntó si los podía publicar ya. Y en esa edición fue cuando comencé. Estaba adentro de Ríodoce.

Luego, la relación con Javier se fue estrechando. Coincidimos en muchas, muchísimas cosas, hasta en las malas palabras. Por esa relación, conocí al resto del equipo, pero siempre era con Javier con quien más hablaba para intercambiar información de temas integrales.

Muchas malasyerbas escribió con eso.

En cierta ocasión. Me llamó preocupado. “Loco —me dijo— te voy a enviar un mensaje y me dices qué piensas”. “Sale”, respondí.

El texto llegó. Era de un desconocido que había preguntado en los comentarios en una columna de Malayerba, sobre un caso en particular sucedido en Los Mochis, y que sólo Javier y yo conocíamos, pero aquel sujeto también. “Ta cabrón, bato”, dije. Por respuesta, Javier soltó una carcajada, y luego dijo “muy cabrón, a cuidarse”. Y según nosotros nos cuidamos.

Pasaron meses, muchos, hasta que una tarde me habló y me dijo que cubriría la gira de AMLO para *La Jornada*, que si podíamos vernos. Y sí, lo vi. Luego acordamos que más noche nos echaríamos unas chelas en su hotel.

Esa tarde, esperando la llamada, recibí avisos de civiles que denunciaban “levantones” en serie en varias colonias por un grupo de policías foráneos. Me fui a la cobertura, y allí entendí como operaban los escuadrones de la muerte de los grupos elite de la Policía Ministerial —entonces comandada por Jesús Antonio Aguilar Íñiguez—, pues había caído en uno.

Ya no supe nada de Javier, pues terminé incomunicado, próximo a ser asesinado, o procesado como asaltante. Supe, desde adentro, cómo los periciales falsifican certificados a los detenidos para hacerlos pasar como drogadictos y cómo se alteran las prue-



Periodistas protestan en el lugar donde fue asesinado.
◀ Juan Carlos Cruz.

bas de rodizonato de sodio, cómo se inventan los delitos. Entendí la intimidación de los policías y sufrí el miedo de perder hijos, a la esposa, hermanos y hasta la madre.

Y Javier, siempre estuvo allí. Nunca se rajó, no se intimidó, no huyó ni me abandonó. No podía verlo, pero podía escuchar su voz, buscándome. Aquel “loco, loco, aquí andamos”. Y muchos “¡Putá madre!, ¡Chingada madre!”

Mi esposa recuerda de ese momento aquel “¡puta madre!” que Javier lanzó cuando le informó que no había llegado a dormir, que no respondía el celular y que durante la noche le había llamado para que pidiera un taxi.

Javier se movilizó, llamando aquí, allá. Buscando abogados amigos, reuniendo dinero. Fueron días fuertes, tensos, cabrones. Nunca faltó la palabra de aliento, ni la llamada preguntando qué onda, cómo estás, loco. A chingarle que feos no somos, pero no tenemos dinero; las bromas en doble sentido, las risas, las coberturas dobles de temas difíciles y muchas vivencias más.

Una semana después de aquello lo vi. Reímos. Le conté lo sucedido, y bromeamos por la ocurrencia. “¡Putá, muchas malasyerbas!”

No lo sabíamos entonces, pero esa semana era sólo

el principio de dos años continuos de tensión, de estar a merced de los desalmados, como Ismael cabeceó una de las muchas notas escritas sobre ese grupo policial de exterminio, que todos sabían que existía. Dos años para salir absuelto. Dos años para que el gobierno desapareciera esos comandos. Y ya sin fuerza, la reacción en su contra llegó. Todos, excepto uno, murieron con saña.

Javier y yo respiramos hondo cuando nos enteramos de ese desenlace. Y pasaron los años, escuchando aquel “qué ondas, cabrón”, o su variante, “qué rollo, loco”.

El día de su muerte, todos enmudecimos en casa.

Y hoy revive en cada anécdota contada entre los que lo conocimos. El Bato que me llevó al barquito de papel de Ríodoce.

Y de aquel momento inicial, con José Armando, Javier y yo, me quedo con el reto lanzado por el cronista de la ciudad: “Estás llegando a las grandes ligas del periodismo en Sinaloa, y de allí, caer es más fácil que mantenerse en ese estándar”.

Cerrar el trato con Javier con un apretón de manos y aquel “bienvenido, bato”, fue el inicio de navegar juntos.

Hasta siempre, Bato. ■

* Reportero de Ríodoce.

SON PODEROSOS

Omar Garfias*

PUEDEN MATAR A JAVIER VALDEZ, PUEDEN SER EL ejemplo a seguir para muchos, pueden ponerse arriba del poder político, pueden doblegar al aparato de la justicia, pueden domesticar al poder económico.

PUEDEN MATAR A ALGUIEN A PLENA LUZ DEL DÍA, pueden tirar cadáveres aquí mismo en la ciudad, pueden levantar a una persona mientras los demás los miramos y los grabamos, pueden llenar de balazos la noche de una cantina, pueden presumir sus letales armas, pueden responder con un balazo al reclamo por estacionarse mal.

PUEDEN SER LOS ÍDOLOS DE LOS NIÑOS, PUEDEN provocar una extensa red de prostitución a su servicio, pueden ser adulados por centenas de corridos, pueden ser deseados por miles de jovencitas, pueden ser presumidos como amigos, pueden armar fiestas memorables, pueden mantener joyerías, restaurantes y bandas de música, pueden emborrachar a pueblos enteros durante varios días y noches, pueden ser leyendas encumbrados en series y películas.

PUEDEN RECIBIR LAS PROCESIONES DE CANDIDATOS y dar su bendición, pueden ser factótum político, pueden no hacer caso a los elegidos, pueden hacer su propia campaña electoral, pueden tener muchas opciones y siglas.

PUEDEN MATAR POLICÍAS Y SOLDADOS, PUEDEN RE- cibir el respeto y el saludo desde las patrullas, pueden hacer recomendaciones.

PUEDEN SER SOCIOS GENEROSOS, PUEDEN LLEVAR A la bancarrota a sus competidores, pueden tener crédito abierto en todos lados, pueden manejar el capital, los recursos materiales y la comercialización de todo.

Aquí hemos aprendido a acostumbrarnos. ■

*Colaborador de Ríodoce.



Periodistas de Culiacán protestan ante el gobernador del Estado, el secretario de Gobernación y el secretario de la Defensa.

◀ Juan Carlos Cruz

7 años sin Javier Valdez

PROGRAMA

MARTES 14

18:00 h. Conversatorio *El papel de los mecanismos de protección en el contexto electoral 2024.*
Participan: Mecanismos Federal, Ciudad de México, Veracruz, Estado de México y Sinaloa
Lugar: Centro Sinaloa de las Artes Centenario

MIÉRCOLES 15

09:00 h. Ofrenda y lectura de comunicado.
Participan: Ríodoce, Propuesta Cívica, Reporteros Sin Fronteras, Comité para la Protección de Periodistas, ARTICLE 19 y familia
Lugar: Memorial Javier Valdez (esquina de Obregón e Hidalgo)

10:00 h. Conversatorio entre familiares de personas periodistas asesinadas y desaparecidas en México.
Participan: familiares y ONU-DH
Lugar: Sala Lumière del Centro Cultural Genaro Estrada

Martes 14 y miércoles 15 de mayo de 2024

CULIACÁN, SINALOA



Cayetano Osuna*

POR QUÉ JAVIER ME CAMBIÓ EL NOMBRE

CORRÍA 2001 CUANDO JAVIER VALDEZ me cambió el nombre. El diario *No-roe* de Culiacán, donde coincidimos, estaba enviando a sus reporteros a hacerse pruebas psicométricas para medir la «personalidad», inteligencia y otras habilidades.

Cuando llegó mi turno y regresé sin saber quién era en realidad, Javier fue el primero que me preguntó cómo me había ido. Le dije que me había sentido como un escarabajo observado bajo el “microscopio” de mis interrogadores, decepcionados por mi incorregible superlento aprendizaje.

Javier Valdez, quien gozaba de un aguzado sentido del humor, reviró risueño que desde ese momento dejaría de llamarme Cayetano Osuna y cambiaba mi nombre por el de “Gregorio Samsa”.

Y así, desde ese momento de mi “metamorfosis”, dejé de llamarme Cayetano y se dirigía a mí como Gregorio o como Samsa.

En julio de 2004, durante el sexenio del gobernador Juan Millán Lizárraga, publiqué en *Ríodoce* el reportaje “Las casitas de Chuy Toño” —un evidente caso de corrupción—, que enojó mucho al comandante Jesús Antonio Aguilar Íñiguez, entonces director de la Policía Ministerial del Estado.

En esos días no procesaba mi miedo

porque yo no había elegido el tema ni la información publicada sino al revés, la materia prima me había buscado en dos ocasiones y me había encontrado lleno de miedo y sometido desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos, pero me gritaba que la publicara.

Agobiado por el estrés ocasionado por el reportaje, por esos días recibí una llamada telefónica solidaria de Javier Valdez que operó como un bálsamo, pues me dijo que aprendiera a convivir con el miedo, el enemigo número uno del reportero.

Javier Valdez era un convencido de los riesgos inminentes del oficio. Cuando *Ríodoce*, barquito de papel, como le hemos llamado siempre, cumplía apenas una década de existencia, Javier escribía cartas sobre el tema a sus contactos periodísticos. En una misiva a Carlos Lauría, entonces jefe del Comité para la Protección de los Periodistas, con sede en Nueva York, le dice:

“Nuestro periódico semanal, que apenas en febrero cumplió diez años de vida, no ha rebasado la etapa de sobrevivencia económica y, sin embargo, mantenemos la digna convicción de ejercer este oficio a pesar de los riesgos marcados por los malos gobiernos y el crimen organizado, la escasez de recursos y la ausencia de una sociedad civil que arrope la causa del periodismo en tiempos violentos”.

“A pesar de este escenario nos mantenemos en el ejercicio periodístico”, insistía



Javier y Cayetano al inaugurar un torneo de ajedrez en Mazatlán con motivo del primer aniversario de *Ríodoce*.

◀ ▶ Archivo *Ríodoce*.

en esa misiva fechada el 20 de junio de 2013.

En diciembre de 2009, con motivo de la presentación de su libro *Malayerba*, Javier Valdez escribió en la página dos una dedicatoria personal para “Gregorio Samsa”: “Esta *Malayerba* para mi amigo y compañero de este campo minado de buñigas y balas...”.

Serían las 12:15 horas, del 15 de mayo de 2017, cuando llegaba a mi casa. Sonó

mi teléfono celular y luego me di cuenta que era Ismael Bojórquez. Ese lunes no había asistido a la junta editorial, en las oficinas de Culiacán y pensé que llamaba para ponerme al tanto de los temas que se tratarían en la siguiente edición del impreso.

En cuanto respondí la llamada escuché la voz lejana, dolorida y a la vez llena de coraje e impotencia de Ismael que parecía hablarme desde el otro lado del infierno: “Mataron a Javier Valdez, vente ya a Culiacán”.

La noticia me cimbró al mismo tiempo que tomé consciencia de que empezaba uno de los momentos más graves de mi vida.

Estaba consciente de que Javier Valdez tenía muy claros los riesgos del oficio periodístico, pero una cosa era la teoría y otra cuando la realidad de la muerte nos convierte en cenizas los sueños de escribir con plena libertad, porque los poderes fácticos quieren el silencio.

Entré a mi casa tratando de que mi familia no notara nada anormal en mi rostro, que era la viva imagen de la derrota, me metí a mi cuarto y empecé a recoger un cambio de ropa para salir a Culiacán. Pero fue inútil: mi madre y mis hermanos ya me esperaban con la tristeza reflejada en los rostros, el dolor, pero sobre todo el miedo, para decirme, y al final para decirnos juntos, la terrible noticia de que Javier Valdez había sido asesinado. ■

*Reportero y fundador de *Ríodoce*.

EN EL VÉRTIGO NADA FLORECE



Su mesa en el café Bistro Miró.

◀ ▶ Rashide Frías.



Raúl Torres*

DURANTE CASI DOS MESES TRATÉ de empezar este texto sin llegar a ningún lado y no entendía el malestar que me rondaba. Primero pensé en hablar de la casualidad que nos permitió conocernos en Mazatlán, de lo generoso que fuiste conmigo —un completo desconocido— al abrirme las páginas de *Ríodoce*, el barquito de papel en el que te acababas de montar con otros periodistas que se convirtieron en entrañables para mí. Ese encuentro definió mi historia, me permitió enredarme con este oficio de periodista que amo a ratos y odio a veces. Gracias por eso.

Borré esos primeros párrafos por pudor, porque me desbordaba en ellos. Pensé, entonces, en hacer un esbozo del Javier que conocí a través de conversaciones, entrevistas y

lecturas; recordé lo que otros compañeros han escrito sobre ti y me topé con el mismo Javier una y otra vez: un periodista que ponía el cuerpo, que reportaba el infierno para mostrar que está lleno de humanidad, que percibía la potencia de los pequeños hechos y la miseria en la grandilocuencia. Y ese recorrido me llevó inevitablemente al día de tu funeral, cuando una llovizna pertinaz arropó la mañana culichi en pleno mayo. Y recordé a una mujer que muy temprano llegó para sentarse delante de tu féretro, estuvo sola con sus pensamientos durante un rato hasta que se encontró con Griselda para abrazarla, y le dijo que trabajaba en uno de los cafés que frecuentabas y unos días antes de tu muerte habías estado ahí.

—¿Hace cuanto que nos conocemos?— le preguntaste.

—¡Uy! —dijo ella— ¡Tantos años ya...

—¡Te quiero mucho, cabrona — le dijiste. No tenías miedo de querer a las personas.

Esa idea me sacudió la cabeza varios días hasta que entendí porqué no podía escribir: volví a verte solo frente a las balas. ¿Cómo decirte que nos siguen matando,



«¿COGISTE ANOCHE?»

Nidia Castro*

—TÚ ESCRIBES LAS NOTAS DE COLOR de este bato, ¿verdad? —me preguntó un hombre que nunca había visto. —Sí, ¿por qué? —¡Chale!, mejor escribe cuentos— me dijo, así nomás. —Soy Javier, mucho gusto— y se fue por entre la gente. —¡Qué cabrón!, pensé, pero me tragué las palabras. Mi interlocutor había desaparecido.

Lo conocí durante las campañas electorales de 1998, cuando ambos trabajamos como reporteros. Él cubría la nota, yo escribía boletines y crónicas de campaña que, en la jerga periodística, llamábamos “notas de color”.

Fui amiga de Javier desde entonces y hasta su muerte; desde que fue periodista de *Noroeste* y *La Jornada*, hasta ser un escritor reconocido; después de litros y litros de café que nos tomamos para brindar por el gusto de encontrarnos y el coraje de compartir nuestras angustias.

Con su recomendación, años después pedí trabajo en el mismo periódico. El ritmo era intenso en la redacción; inicia el día a las 8 de la mañana y, si va bien, termina a las 6 de la tarde. Los reporteros solíamos disfrutar la actividad, compartir información, ayudarnos. Éramos amigos.

—¿Cogiste anoche?— Me preguntó Javier una mañana a modo de saludo, en la redacción de *Noroeste*.

—¿Qué te importa?— respondí yo a su confianzuda pregunta.

—Mmm, si te enojas, entonces, no cogiste— contestó el muy desgraciado, y luego festejó la broma con su característica carcajada.

—¡Cabrón!— le solté. Aprovechando que ahora sí lo tenía enfrente. Su risa subió de volumen. Después supe que esa pregunta se la hacía a cualquiera y a cada rato. Luego de ser compañeros de redacción en el periódico, nunca volvimos a trabajar juntos, pero nos seguimos la pista. El rancho es chico.

Cuando se fundó Ríodoce, fui parte de las primeras ediciones; me tocó pensarlas junto con Javier, Sicaíros, Ismael, Martín. Pero dejé el periodismo, migré hacia la academia, mientras Javier cumplía una misión: hacer visible las injusticias. Encontró esa veta y la supo explotar, para bien de la humanidad. La veta comenzaba en sus ojos, sensibles ante la mano que le pedía ayuda.

En nuestras charlas interminables, cuando lográbamos hacer coincidir las agendas, yo lamenté haber dejado de escribir y él, en cambio, no poder parar de escribir. Era el sociólogo sensible que siempre fue. Para Javier cada relato era una tragedia; cada nota escrita, una herida más en el corazón. Al escuchar a una víctima de la violencia, veía su propio reflejo.

Una mañana, en la mesa de un café, confesó:

—A veces hasta me duele escribir.

—¿Por qué no escribes una novela? —le sugerí— o cambia de ambiente, sana antes de continuar. Es muy fuerte lo que haces, te hace daño.

—Te juro que lo he intentado, pero no me sale escribir literatura, la crónica es más fuerte que yo. A nadie le preocupa esta situación. ¡Chingada madre! ¿Qué nos pasa?—, argumentaba con ira y, a la vez, con resignación.

—Tenemos miedo, Javier, y tú también deberías tenerlo. Me da miedo que tú publiques lo que publicas, imagínate cómo estaría de escribirlo. Yo paso. Ya déjate de eso, ignora tu instinto de superhéroe.

—Si dejas de escuchar a la gente que necesita hablar, ¿quién va a hacerlo? A nadie parece interesarle y yo no me veo haciendo otra cosa.

Sus libros comenzaron a abultar nuestras bibliotecas. Tenía ojos con vida propia para observar (nos) socialmente, aunque ya todos sabemos que prefirió siempre ver a los marginados, a las viudas tristes, a los borrachos sin rumbo, a las putas sin suéter y a los huérfanos sin zapatos. Con sus textos vomitaba la rabia, la conmiseración y la desolación a rajatabla, sin grandes aspavientos, sin anestesia. Nos arrojó la desesperación por nuestra existencia impasible.

Viajó a lugares impensables donde personas ajenas le hicieron reconocimientos en la presentación de sus libros. Le expresaron tanto cariño en otros lados, en otras ciudades, en otros países. Recibió premios y medallas por sus textos. Al regresar, sin embargo, a su terruño, extrañaba las palmas en la espalda.

La última vez que lo vi, dos semanas antes de que le quitaran la vida, se dolía de la soledad.

—No es broma, morra, de verdad, en todas partes me alaban, me dicen que les gusta lo que escribo y aquí nada. Parece que nadie lee mis libros en Culiacán. Soy un extraño en mi propia tierra. En el café me saludan, pero nunca comentan acerca de lo que escribo. Nada, pero nada, de verdad, ¿por qué crees que pasa eso?

—Por envidia, menso, por qué va a ser. Todos los que escribimos te tenemos envidia. Nadie ha logrado lo que tú. ¿No te das cuenta?

—No creo, no. No me creo que sea por eso.

—Créetela, Javier, créetela—, insistí.

Esa última vez que lo vi, al despedirnos, me recordó una cita mil veces pospuesta y nunca concertada: “Nos debemos una ida al Guayabo, pero con el Juan Carlos y la Gris”. ■

*Colaboradora de Ríodoce.



Javier y su “dedoseñal”, allá por los años noventa, muestra de su sentido del humor.

◀ Archivo familiar.

que nos seguimos dejando solos, que no hemos logrado parar esto, que seguimos siendo solidarios un día después, cuando se convoca a las manifestaciones por el asesinato de otra u otro compañero (y siempre dependiendo de quién convoque o quien haya caído)? ¿Cómo explicarte que seguimos esperando que la justicia venga del verdugo, porque ni siquiera hemos discutido lo que proponías hace más de una década (no estamos analizando cómo cubrimos esa complicidad entre el narco y el poder político, porque no tenemos claro ni siquiera cómo son nuestras relaciones con el narco y el poder político y cuánto de esas relaciones reproducimos nosotros mismos)? ¿Cómo decirte que estamos fallando? (Aunque escribo en plural hablo sólo por mí, porque seguro hay quien hace o siente que hace mucho por cuidarse y cuidar a otros y otras, por dar la batalla). Y es paradójico porque quizá estamos en uno de los mejores momentos periodísticos del país, por donde quiera brotan propuestas de periodismo que apuestan por hacer las cosas distintas, por la investigación, por contar bien y de distintas maneras,

que rema a contracorriente... pero no ha sido suficiente. Algo está faltando en esta ecuación, los cínicos y los patanes siguen siendo muchos y la inteligencia flaquea cuando se confía en el poder; el espectáculo, el morbo y la banalidad siguen presentes en mucho de lo que hacemos, despolitizándolo y convirtiéndolo en otro artículo de consumo listo para competir por likes (estoy odiando el periodismo).

Te imagino la mañana del 25 de marzo de 2017, dos días después del asesinato de Miroslava Breach, a las 9:20 de la mañana, abriendo tu cuenta de Twitter y escribiendo rabioso: “A Miroslava la mataron por lengua larga. Que nos maten a todos, si esa es la condena de muerte por reportear este infierno. No al silencio”. Conocías este vértigo, pero, como decía Sábado, en el vértigo nada florece. Tu respuesta era hacer periodismo a tu manera, sin lugar para la indiferencia, abriéndole espacio a los afectos.

Hace mucho superamos la discusión de la objetividad en el periodismo, pero ahora ha surgido una más compleja, pero que igualmente intenta despojarnos de

nuestra subjetividad: compañeros y compañeras que con su trabajo intentan mostrar las asimetrías de esta guerra son señalados muchas veces como “periodistas militantes” y con ello se busca reducir su trabajo a vil propaganda. Al elegir el periodismo las palabras se convirtieron en nuestra materia de trabajo y, ellas, tarde o temprano, se encargan de colocarnos ante los abismos del alma; cuando eso ocurre podremos pasar de largo para refugiarnos en los hechos y los datos y así buscar un sitio en el reino de la imparcialidad, o nos exponemos a explorar en ese universo de contradicciones para intentar tejer un relato sobre cómo funcionan los gatillos que detonan las acciones de las personas. Así fue como desde hace diez años nos avisabas de la crisis forense que hoy nos reventó en la cara, es así como encontrabas la esperanza en medio de tanta oscuridad (estoy amando el periodismo).

Lo que intento decir es que desde donde estés nos sigues convocando a oponer resistencia... y me molesta la sensación de seguir atrapado en el vértigo. ■

*Periodista.

FRENTE A LA HOJA EN BLANCO



Alejandro Monjardín*

DURANTE 16 AÑOS HE ESCRITO CIENTOS DE NOTAS sobre asesinatos de personas. De niños, adultos mayores, jóvenes asesinados de las peores maneras; pero ninguna había sido tan difícil de narrar como la del asesinato de Javier. El viernes 19 de mayo de 2017 mis manos no “sacaban humo” del teclado como decía Andrés Villarreal, en ese entonces jefe de información de Ríodoce.

En la pantalla sólo veía la hoja en blanco sin poder empezar la nota sobre el homicidio. Tenía que describir, para la edición del domingo 21 de mayo, cómo fue el crimen, algo que ya había hecho muchas veces con los homicidios que todos los días se cometen en la ciudad. La inmovilidad de mis manos y mi mente bloqueada para no saber ni siquiera cómo empezar, creo que tiene explicación: era la primera vez que escribía sobre el asesinato de un amigo. Nunca antes lo había hecho.

Y el lunes 15 de mayo también fue la primera vez que vi a una persona tan cercana a mí, tirada en el suelo con balazos en todo el cuerpo. Desde 2006 que empecé la fallida guerra contra el narco y el pleito de Joaquín Guzmán con los hermanos Beltrán Leyva, como reportero de nota roja había visto cientos de cadáveres, calcinados, mutilados, deshechos a tiros, decapitados, degollados.

Ese viernes de cierre, una nota que podía escribirse rápido, me llevó horas. Por más que intentaba las manos no me respondían. Veía la hoja en blanco en la pantalla, una y otra vez, salía de la oficina y volvía a entrar una y otra vez, mientras mis compañeros escribían, o intentaban hacerlo, en silencio, porque no era un viernes normal



Semana siguiente, la reconstrucción de los hechos.

◀▶ Jesús Bustamante.

en la redacción de Ríodoce, porque Javier ya no estaba ahí apurándonos o bromeando.

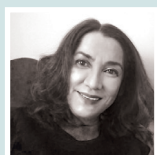
Por la mente no me pasaba nada, estaba en blanco igual que la hoja en la pantalla. Pensaba que no podría empezarla nunca, hasta que no sé cómo pude poner las primeras letras. Con mucha dificultad cada vez que escribía Javier. Me llevó horas terminar de redactar lo que se sabía hasta ese momento de cómo ocurrió el asesinato.

Luego vinieron los detalles del homicidio. El siguiente viernes, otra vez, había que escribir para la edición impresa otra nota sobre la mecánica que ya había determinado la Fiscalía General de la República con la reconstrucción

de hechos que había realizado días antes... y otra vez la hoja y la mente en blanco. Y otra vez fueron horas para poder escribir cómo los sicarios le cerraron el paso, cómo uno de ellos bajó y le disparó en la frente, luego se acercó el otro sicario y cómo vinieron después los otros 11 balazos y cómo cayó al suelo herido.

Nunca me había pasado por la mente que escribiría una nota roja sobre un amigo o un familiar. Es algo que como reportero de seguridad no imaginas que un día puede suceder y tampoco quisieras hacerlo. Fue la primera vez y espero no haya otra más. ■

*Reportero de Ríodoce.



Anabel Ibáñez*

«MATARON A JAVIER», ESCRIBIÓ la contadora de Ríodoce en el grupo interno de Whatsapp esa mañana. Recibimos la noticia en seco. La primera reacción, quizás de negación inconsciente del hecho, fue reclamar. “¿Qué te pasa, Maricruz?”, escribió alguien más con el ánimo de bajarle al tono de lo que se pensaba era una broma de muy mal gusto.

El grupo se había creado meses antes, como un chat alternativo que se usa para los fines operativos de la redacción. Surgió luego de un reclamo de Ismael Bojórquez porque el chat de la información

periodística y la logística informativa había empezado a ser invadido de bromas, discusiones gastronómicas, memes y ocurrencias de todo tipo.

Apenas unos días antes de esa trágica mañana, se había hecho una broma pesada. Justo en la puerta de acceso del edificio, unos compañeros habían colocado unas cintas amarillas, similares a las utilizadas cuando se quiere preservar una zona de peligro o un crimen. Las cintas las habían usado unos trabajadores de un local contiguo para aislar un área de mantenimiento del paso de peatones, y habían quedado desechadas en el piso.

La broma había buscado asustar a los compañeros que llegaran más tarde a las oficinas de Ríodoce. La ocurrencia llevó incluso a subir al grupo de WhatsApp las

fotos de la puerta con el acceso protegido por las cintas amarillas. El efecto se logró y fue tema de conversación en más de una ocasión de cómo lograron moverle el piso a quienes llegaban y veían esas cintas amarillas con la leyenda “peligro”, o quienes vieron las fotografías.

No hubo esa mañana de mayo más mensajes en ese chat de WhatsApp. Para quienes no estábamos en el edificio de Ríodoce, la noticia corrió como crudo relámpago por las redes sociales. No se trataba de humor negro ni una broma más. Javier no escribió en el chat para desmentir a Maricruz, ni decir “cabrones” o “hijos de su puta madre”, por la noticia difundida. Su cuerpo estaba inerte sobre el pavimento. La realidad era esa.

Recuerdo haber llamado a Miriam Ramírez, entonces integrante del equipo de reporteros, para preguntarle qué debíamos hacer. Turbada con la noticia, con voz entrecortada me dijo que la recomendación era no movernos de



Javier en la Redacción de Ríodoce al cumplir 49 años. Jugar con la muerte.

◀▶ Archivo de Ríodoce.

ESTA VEZ NO FUE UNA BROMA

FUI CARTERO

(Monólogo)



Aarón Ibarra*

EL ACTOR ENTRA AL ESCENARIO. Lo recorre. Lo reconoce. Parece un fantasma. Viste solamente un pantalón de mezclilla, calcetines y una camisa interior color negra. Mira en todas las direcciones, tal vez está buscando algo o a alguien. Escudriña cada sitio. Carga en una de sus manos un cajón de madera como los que tocan los músicos. Después de recorrer el escenario se detiene en proscenio.

Hasta pronto. Hasta pronto. Así le dije, hasta pronto. *Hasta pronto* ¿Qué es un hasta pronto? ¿Qué significa un hasta pronto? ¿En qué circunstancia uno dice hasta pronto? Todo parece indicar que es una cuestión del tiempo y su relatividad, es decir, hasta pronto puede suceder en unos minutos o simplemente en un plazo de tiempo no muy largo. Hasta pronto. Y pasa el tiempo. Una hora, dos, tres horas o un día entero. El día tiene 24 horas y luego se convierte en dos días, tres o cuatro días y la semana tiene siete días. Luego el hasta pronto se convierte en dos o tres semanas y pasa más el tiempo has-

donde estuviéramos. Es una situación caótica, las llamadas y mensajes llegaban con insistencia, pero en realidad no sabía con exactitud lo que había pasado, sólo que era un hecho que le habían quitado la vida a Javier.

Quienes no nos encontrábamos en las oficinas de Ríodoce esa ma-

Es una situación caótica; las llamadas y mensajes llegaban con insistencia, pero en realidad no sabía con exactitud lo que había pasado.

ta que transcurre un año y el año tiene 52 semanas y sigue el conteo hacia adelante. Uno mira atrás y no entiende cuánto tiempo más debe esperar por ese hasta pronto. Y es que el tiempo no transcurre como dice el calendario. Días, semanas, meses, años. No. Y el tiempo pasa entre espera y espera hasta que finalmente llega el momento.

(...)
Cuando me uní al equipo ya no era tan joven pero tampoco tan viejo como ahora. Me acuerdo que el jefe me preguntó por qué quería trabajar con ellos y yo le dije que eran lo más cercano a jugar en el Barcelona. No el Barza de ahora sino aquel que dirigió Guardiola. Uta, ¡qué equipazo!

(...)
Así comenzó mi aventura. Le llamaban el barquito de papel. Hacían esa analogía porque una carta vieja puede ser utilizada para hacer un barquito de papel. O tal vez porque trabajábamos con papel y nos gustaba imaginar que zarpábamos de un puerto a otro navegando en nuestro barquito de papel.

(...)
La primera vez que escuché el grito me pareció muy gracioso. Recuerdo que se lo escuché a Andrés... dos veces, diario. Instalados en un segundo piso, abre la ventana y lanza un grito: ¡Fui cartero! Primero no supe cómo reaccionar pero luego el Javier se caga

ñaña fue casi un armado de rompecabezas entre los compañeros de lo que estaba ocurriendo. Recuerdo que llegué ya pasado el mediodía. Había desaparecido del escenario el chascarrillo común y el trato desenfadado, ahora eran los rostros desenchajados.

Luego de las honras fúnebres de Javier, acompañados de su familia, de cientos de amigos y seguidores de su trabajo periodístico, le siguió su ausencia. La primera reunión del equipo de redacción fue el peor momento. Había que trazar no sólo la próxima edición, sino el camino a seguir. Estábamos en silencio, ahora solos, sin él. ■

*Reportera de Ríodoce.

de risa. Pinche risa toda burlesca. Yo era el nuevo y no sabía cómo reaccionar. Entonces este pinche cabrón se caga de risa.

(...)

¡No mames, Javier, qué haces!

Eso fue lo que le dije cuando lo vi tirado boca abajo sobre un charco de sangre. Javier murió de 12 disparos. Era cartero también. Mejor dicho, él era el cartero.

Alguien no estuvo de acuerdo con una de sus cartas. Se le hizo fácil y lo mandó matar. Tres cobardes aceptaron el trabajo y a la vuelta de la oficina lo alcanzaron. No lo puedo creer todavía, aún recuerdo sus últimas palabras. Ese día él iba saliendo de la oficina y yo iba entrando. Le dije que necesitaba hablar con él y me dijo que a su vuelta. Era cerca del mediodía. Nos topamos los puños y al cruzar la puerta me dice "Dios me bendiga". Me reí, esa frase era muy suya al despedirse, era su forma de decir "hasta pronto".

Sólo que aquí el hasta pronto sí entiendo qué significa. Tiempo indefinido. Tiempo.

(...)

Yo conocí a Javier como muchos, en la calle. Él era *el* Javier, único, pero a la vez era muchas personas. El cartero, el compinche, el papá, el hermano, el hijo, el abuelo pero siempre era un amigo. Recuerdo que visitaba siempre el mismo café a la misma hora los mismos días. Yo, igual. El mismo café, los mismos días a la misma hora. Un saludo de lejos y era todo. Yo sabía quién era él y él sabía que yo quería jugar con ellos en el Barcelona.

Pasaron los años y ficho por el Barza. A partir de ahí para todo le hacía preguntas. Siempre tenía respuestas y más preguntas a través de ellas.

(...)

La Malayerba. Así bautizaba a sus cartas. Esta que acabo de leer fue de las últimas que escribió. Se publicó un domingo 23 de abril de 2017. Tres semanas más tarde me lo mataron. Me acuerdo que era lunes, yo estaba sentado. Estaba viendo el celular cuando una señora atraviesa la puerta y a gritos algo me quería decir. —¡Lo mataron, hijo, lo mataron!— ¿A quién mataron, doñita, de qué habla? —¡Al señor que trabaja aquí! —¿A qué señor, de qué está hablando? —¡Al gordito de sombrero y lentes!

Y pues nada, bajé rápido las escaleras, corrí hacia la calle. La doñita a lo lejos me gritaba indicaciones. Iba a toda velocidad pero a la vez no quería llegar.

¡No mames, Javier, qué haces! Eso le grité a su cuerpo cuando lo vi en el asfalto. Boca abajo le reclamaba al cartero que se levantara, pero no me hizo caso.

El crimen fue noticia a nivel mundial. El cartero que mataron no solamente no era un cartero común y corriente como yo, no, él era un cartero hecho y derecho, de esos con voz completa.

Y en realidad sí era cartero. Lo teníamos como chiste local, ¿saben? Esa primera vez que escuché el grito lanzado por Andrés no entendí hasta meses más tarde. Javier fue cartero, fue uno de los oficios que llevó a cabo antes de convertirse en la voz de gente oprimida. ■

En serio, era cartero...

Extractos de la obra de teatro Fui Cartero, estrenada el 15 de mayo de 2022.

*Periodista.



Aarón en el ensayo de la obra en el bar Las Alicletas.

◀ ▶ Juan Carlos Cruz.

JAVIER, HASTA SIEMPRE ENTRE NOSOTROS



Andrés Villarreal

*El dolor/ te crisper/ te deja/
(y cuánto lo lamentas)/
sin palabras/ de ordinario tú/
tan elocuente...*
NOÉ JITRIK

POR AQUELLOS DÍAS EN QUE NOS ARREBATARON a Javier, me asaltó un sueño recurrente. Noche tras noche aparecía un perro furioso en blanco y negro. Su cabeza enorme volvía pequeño todo, resoplaba a centímetros de mi cara, sentía su aliento cálido, los resoplidos de bestia brava, sus ladridos me atravesaban, y sentía hasta la asquerosa viscosidad de la baba salpicándome. Empecé a hablar dormido, apenas un balbuceo del pretendido grito, ahogado por el miedo del sueño. Era imposible alejarme, siquiera un milímetro y quedar a salvo. Algo impedía moverme, quizás lo mismo que mantenía al perro a la distancia justa para estar amenazante, sin morderme o tragarme. Ni yo podía huir, ni el perro en blanco y negro me dejaba en paz. Yo mudo, impedido el grito de auxilio, la voz no me salía; el perro, todo fuerza, sacudía mi mundo.

Era extraño que recordara mi sueño, nítido como si de la vida real se tratara, yo que antes despertaba en blanco. Peor era la recurrencia: el mismo perro, a la misma distancia, tan feroz como la noche anterior, y yo igual de mudo y aterrado. Al paso de las semanas las visitas nocturnas se fueron espaciando, aunque siempre eran una copia exacta: larga agonía por no poder gritar ni alejarse, una rabia imparables del no invitado a mi sueño.

En el día era tratar con el dolor del crimen de Javier, revuelto con miedo, coraje, impotencia, una pérdida que en ese momento era imposible dimensionarla... y en la noche con el perro rabioso. Incrédulo del psicoanálisis, sólo pensé entonces que Javier hubiera sido el único en convencerme de ir a contar ese sueño a un psiquiatra. Ya lo había hecho una vez, y hasta pagó la primera consulta. Necesitas ayuda, me dijo, ve con Verónica. Fui a estar callado en dos sesiones y en la tercera hablé, y hablé. Sólo que esta vez ya no estaría Javier, y nadie me convencería de ir a contar mi sueño.

No. El perro en blanco y negro ladrándome sin parar es de mis sueños, ahí se queda.

La muerte de Javier nos llevó a muchos a abrimos de una manera en que jamás hubiéramos pensado hacerlo. Si nos habían herido hasta las entrañas no había otra forma de afrontarlo. Su asesinato fue para muchos de los amigos igual a un cambio de vías, ese momento en que el tren toma un nuevo camino de manera imperceptible, el guardaguasas hace el cambio y como en el cuento de Arreola sólo queda dar gracias por llevar algún rumbo, aunque no sea el destino que pensábamos.

Javier se afanó en cultivar la amistad, hecho por demás complicado tratándose de un periodista cabal. Pensaba que los opuestos podían conciliar en un punto, siempre y cuando cada uno de ellos se respetara con honor. Por eso su cercanía peligrosa con muchos y muchas de los protagonistas de sus historias en los libros, reportajes y columnas. Era capaz de mantener el contacto años después de que le habían confiado sus grandes penas y dolores. Alguna vez víctimas, y algunas víctimas por siempre, agradecían esa cercanía completa y sin reservas.

Parafraseando a Gonzalo Rojas, y cambiando a los poe-

tas por periodistas: *algunos no mueren, quedan encantados.* Ese es Javier, está encantado. Culiacán, su ciudad, aún le pertenece. Igual que el amor comunal que, quedó demostrado, le han profesado muchos.

Hoy es vital releerlo, volver a escuchar muchas de sus conferencias o presentaciones de libros. Revisitar las columnas y sus posturas. El mundo da vueltas y no cambia.

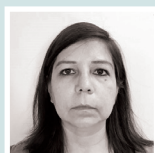
Por estos tiempos el mundo de los sueños sigue igual de olvidable como lo era antes en mí, aunque ocasionalmente vuelve el perro en blanco y negro, igual de rabioso como aquellos días en que nos arrebataron a Javier, pero sé que no se atreverá a morderme, no en sueños. La diferencia es que hay algunas noches afortunadas en que aparece Javier, siempre de pie, chispeando frases y tan cercano como si de la vida real se tratara.

Dice Gonzalo Rojas, también: "Lo que de veras amas no te será arrebatado." ■

*Periodista.



Andrés Villarreal y Javier Valdez cuando eran reporteros de televisión.
◀ Archivo de Ríodoce.



Roxana Vivanco*

A JAVIER VALDEZ LO CONOCÍ ANTES de ser el Malayerba, de que escribiera libros, firmara autógrafos y ganara premios. Lo conocí cuando era Javier, el periodista que escribía en *Noroeste* y por las noches de vez en vez se convertía en un patrullero de la ciudad.

Javier no era un patrullero de forma literal o tal vez sí. Pero en algún momento nos hizo cómplices (a Karla y a mí, entonces estudiantes a punto de graduarse), de esos recorridos por las calles de Culiacán, que iniciaban al caer la noche. Los invitados infaltables siempre fueron Real del Catorce y una botella de tequila.

"Va por la calle/puñados de noche en las alas/prende un cigarro/y piensa en Eugenia tal vez...", cantaba una voz aguardentosa a ritmo del blues y rock que salía del reproductor de CD del auto.

Las notas eran el preludio de la aventura que iniciaba en las calles del centro y terminaba en cualquier lugar. El destino entonces no era importante sino recorrer el camino.

"Camina despacio/la luna reposa en las nubes/mira a la gente/son caras extrañas para él/arroja ceniza/su mente recorre París/las calles que juntos rondaron/la lluvia de radio que vio caer...", continuaba la voz desde el reproductor.

Y mientras el auto avanzaba, las calles ya conocidas nos mostraban siempre algo diferente. Javier recitaba anécdotas

de historias de edificios y personas. Una pausa, un trago de tequila. Y la perorata seguía.

Las calles ensombrecidas pasaban de largo, y la ciudad nos mostraba entonces otras caras. No recuerdo con claridad alguna de esas pláticas con Javier, pero todas tenían que ver con la ciudad, la política, los gobiernos, el trabajo, la familia, los sueños y los sinsabores.

"Azul, azul/en sus ojos refleja un hilito de luz/su vestido perlado de noche/el cigarro encendido en un beso carnal/una copa de vino/una lágrima rota que rueda al final", cantaba otra melodía José Cruz Camargo, desde el estéreo.

"Cabrona", decía Javier, y tomaba un aire de seriedad antes de dar algún consejo o soltar alguna vulgaridad. Reíamos,

seguía la charla. Llegábamos hasta algún lugar alto donde se podía ver la ciudad empedregada. Y entonces nos sentíamos libres, en paz. Seguíamos la charla interminable, que continuaba otra noche, de vez en vez.

No recuerdo cuándo ni porqué iniciaron esos patrullajes, tampoco el por qué terminaron. Yo dejé de ser estudiante y empecé en el periodismo. Javier dejó *Noroeste* y junto con Ismael y Cayetano decidió emprender la aventura de Ríodoce, se convirtió en el Malayerba, en el contador de historias, de esas que tantas veces nos regaló la ciudad.

Se fue el 15 de mayo de 2017, cuando lo asesinaron. Ya, entonces, compartía yo un lugar en el barquito llamado Ríodoce, y sin saberlo, sin pensarlo y sin

NUESTROS PATRULLAJES NOCTURNOS



Miguel Ángel Vega*

CULÍN: ASÍ SOLÍA LLAMARNOS. Aun cuando se tratara de alguien con quien no tuviera mucha confianza, Javier se las ingeniaba para dirigirse a todos bajo el mismo apelativo: *Culín*.

Su manía por llamarnos de ese modo se convirtió en una firma, que en su momento todos reconocimos y terminamos por aceptar.

—Qué onda, *Culín*, decía cuando un conocido o desconocido llegaba, e incómodo por el llamado, se sumergía en una pausa tímida mientras nosotros sonreíamos a discreción.

Le valía madre. O mejor dicho, confiaba demasiado en su encanto y en su discurso bien elaborado para hacer reír a los demás. Lo hizo con tanta frecuencia que, incluso, llegó a decirla en contra de su voluntad. No podía ser de otro modo; la expresión le salía tan natural que uno terminaba acatando sus bromas por la frescura con que las decía, y cuando las cosas amenazaban con tomar otro rumbo, Javier sabía retomar el control: recurría a la espontaneidad de reconfigurar el saludo. Entonces el furor desaparecía.

Con el tiempo todos empezamos a referirnos a él del mismo modo: *El Culín*. Ahí

fue donde ya no le gustó y discretamente disminuyó el uso del sobrenombre. Nunca lo reconoció, pero coincidió con el tiempo en que todos empezaron a referirse a él como *Culín*. Sólo entonces omitió paulatinamente el apelativo, y acaso empezó a intercalarlo con la frase: “*Todo Tranculo*” —en vez de tranquilo—, que era como respondía cuando alguien le preguntaba sobre su vida.

Esta nueva frase la empezó a decir con una gracia casi admirable y sin espantarse de tergiversar la palabra, lo cual terminaba arrancando una sonrisa en quienes lo escuchábamos. Era su forma de romper el hielo y hacer reír a los demás. Ciertamente, lo lograba y daba la impresión de sentirse todopoderoso, pues era demasiado consciente que, gracias a él, el resto nos relajábamos y estábamos a gusto cuando él era el centro de toda atención.

Fue por esos meses que empezó a bromear con la muerte, pues tras la famosa frase de “todo tranculo”, podían preguntarle por alguien con quien tuviera contacto, a lo que despreocupadamente respondía: “falleció”.

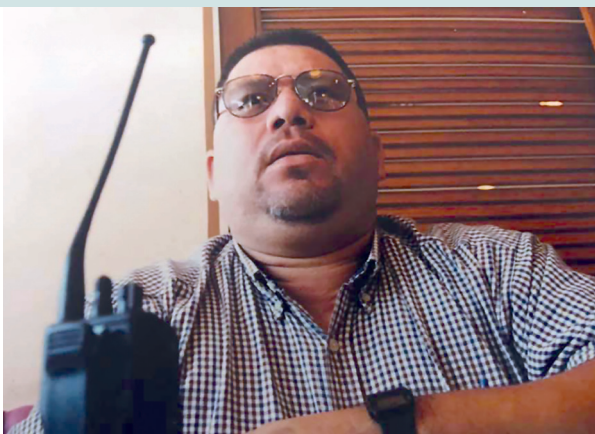
La respuesta consternaba al interlocutor y Javier no podía evitar la carcajada, y entonces aclaraba su contestación y nuevamente recurría a su apelativo favorito: “Ahí anda ese otro *culín*, pero todo tranculo”.

quererlo, se convirtió en una de esas historias que contaba y se volvió un recuerdo eterno. A mi memoria regresa de vez en vez, sonriendo,

charlando, tomando un trago de tequila, al ritmo de notas de Real del Catorce. ■

*Jefa de Información de Ríodoce.

Javier Valdez cuando reportaba para Noroeste.



«TODO TRANCULO»



2005. Javier y amigos en la posada de Ríodoce acompañados por el Cuarteto San Miguel.

◀ Archivo Ríodoce.

Sus bromas pronto se volvieron célebres, no sólo en el gremio sino entre las fuentes que cubría, como ocurrió un día que se topó con el profesor Óscar Loza Ochoa, activista y defensor de los derechos humanos en Sinaloa. Luego de entrevistarle, Javier aprovechó para preguntarle por alguien a quien tenía tiempo de no ver. Loza Ochoa, sin inmutarse y con un aire de resignación, respondió: “falleció”.

A Javier se le desfiguró el rostro.

—¿Cómo?

—Pues, como fallece el resto del mundo, le respondió el profesor.

Cuando se despidieron, Loza Ochoa no le aclaró que le estaba regresando la broma, y Javier se fue con el rostro desenchajado por la noticia, y hasta pensó en ir a dar el pésame a la familia del supuesto fallecido. Al día siguiente se topó con la persona fallecida, muy cerca de la oficina de Loza Ochoa. No era una aparición, sino que el muerto en realidad estaba vivo, y sólo entonces supo de la broma del profesor. Javier respiró hondo y por un momento tuvo una sensación de renacimiento. A partir de ese incidente, eliminó la muerte de su repertorio de bromas, y en cambio regresó a su apelativo favorito: *Culín*.

Pasados los meses, la vida nos llevó por rumbos distintos hasta que nueva-

mente el quehacer periodístico nos juntó, esta vez en la redacción de Ríodoce, donde ambos escribíamos. Seguía llamando a medio mundo *culín* pero había añadido a su repertorio *putín*, que no hacía ninguna referencia al apellido del presidente ruso, sino que era otra forma de referirse a aquellos con quienes interactuaba. A la mayoría de sus amigos, en cambio, siguió llamándonos “*Culín*”.

Entonces ya había adoptado la costumbre de usar sombrero, otra de las firmas que lo habrían de identificar más allá de la muerte. Supongo que, en algún momento, se probó un Trilby o un Panamá, y seguro le observaron lo bien que le venía, muy *ad hoc*, y entonces ya no se lo quitó, como tampoco se quitó las palabras *culín*, o *tranculo* que hoy ya nadie repite. En su lugar quedó ese silencio bruto al que tanto se opuso. Pero quedaron también los recuerdos: aquellos instantes en que era el centro de toda atención, con su ego ensanchado hasta los cielos, lleno de frases y palabras que él mismo improvisaba y que retumbaban en redacciones y cantinas, bajo esa manía casi patológica por sentirse todopoderoso, mientras con toda la calma del mundo afirmaba que *todo estaba tranculo*. ■

*Reportero de Ríodoce. Fixer.

UN BLUES POR JAVIER



Ernesto Hernández Norzagaray*

— ¿CÓMO ESTÁS, BATO?

— ¿Quién habla?

— Javier Valdez

— Hola, ¡que gusto, amigo!

Era una tarde del verano de 2014 y me encontraba en Guadalajara en el peor momento de mi vida. Lorena, mi esposa, había sufrido un traumatismo severo en el trayecto de Tepic a la Perla Tapatía. Había perdido la movilidad y el habla, estaba anclada en ese momento a un respirador artificial y tenía la mirada extraviada sobre el techo gris. El cuadro era triste en medio de un ligero bullicio lacrimógeno. Al lado de su cama estaban otros pacientes que, de vez, en vez se quejaban creando un concierto raro, hilarante, que transportaba a la raya gris, existente entre los pasillos amplios de la vida y los rescoldos negros de la muerte. Un aroma a formol y fruta agría flotaba en el ambiente como una extraña premonición de lo que algunos en las semanas y meses siguientes saldrían airoso y, otros, los menos, perderían la vida.

—¿Cómo está Lorena?

—Bien —dije sin pensarlo.

—¿Mejor?

—Ahí la lleva...

Volví la vista sobre ella y me reconfortó ver su bello rostro sobre una sábana blanca y tatuado por el recuerdo de su alegría durante el viaje que recientemente habíamos realizado desde la Muralla de Beijing hasta los casinos lujosos de Taiwán y Hong Kong.

—Qué bueno, bato. Van a salir adelante de este momento, son fuertes y todo es cuestión de tiempo. Ya verás— me dijo con un aire de que los males no son para siempre.

Le agradecí sus palabras y, luego, platicamos de Ríodoce y los esfuerzos que hacían los compañeros para mantener a flote el barquito de papel, como

le llaman los fundadores al semanario. Charlamos, al menos, una media hora, y la semana siguiente me llamó Ismael Bojórquez para continuar con el acompañamiento solidario que me permitía expiar los sentimientos encontrados que se viven en este tipo de tragedias familiares.

Cada semana yo estaba al tanto de su columna *Malayerba* y sus historias breves. Con ese humor ácido me proporcio-

Y por hacer plática de lo suyo, le pregunté si ya tenía el tema del siguiente libro, y me confió que sí, que sería *Historias de militares de la tropa*, aquellos que casi nunca son considerados en los reportajes y en el mejor de los casos son escenografía verde oliva, pero, detrás de cada uno de ellos, hay una historia singular de alegrías, familia, amistad, desarraigo, ausencia, soledad, corrupción, violencia, miedo y muerte, algunas

ceso de un pueblo perdido en el monte, sufriendo la ausencia de los suyos: los padres, hermanos, amigos y la novia que lo espera en su pueblo para algún día casarse.

—¿Y cómo estás tú?

—Pues, estoy, que es ya ganancia.

En medio de esos días oscuros, de largos insomnios, con el llanto pegado a la pupila y rutinas infames. Ir, estar, volver; para luego ir, estar, volver. Una suerte de tortura semejante a la que sufrían aquellos presos que caminaban en círculo y en silencio en un penal turco de la película *Expreso de medianoche*, guionizada y dirigida por la mancuerna Oliver Stone y Alan Parker, y es que, las rutinas peores son las mentales, que vienen del abrigo de la esperanza; de un mejor mañana, y las de los pensamientos negativos, que machacan en todo momento la conciencia. Que mantienen al afectado constantemente irritado. Con ganas de abandonarlo todo. Pero, luego, aparece el familiar cercano, afable, que le duele lo que a ti; y el amigo, que te reconforta, que te da aliento para continuar. Y te recuerda que el amor sí no es compasivo, no lo es, y en ese nivel se inscribe la palabra de Javier

—¿Cómo estás, bato? ¿Cómo va Lorena...?

Javier permanece y permanecerá en las historias de sus relatos, en su empatía con el otro a través de historias de carne y hueso, en su solidaridad con sus personajes desvalidos, pero, sobre todo, en el amor por la vida y la del otro. Como aquella pieza de B. B. King titulada *Blues Man*.

...La carga que llevo, oh es tan pesada
Parece que no hay nadie en este gran mundo
Eso querría, querría ayudar al viejo B.
Oye, pero yo, yo estaré bien, gente
Sólo dame un respiro, las cosas buenas vienen
Los que esperan, y he esperado por mucho tiempo
Soy un Bluesman
Pero soy un buen hombre, ¿entiendes? ■

*Colaborador de Ríodoce.



◀ Mauricio Pérez/ Propuesta Cívica.

naban un respiro en mi singular día a día. Javier en cada uno de ellos capturaba el alma de Culiacán, el de sus personajes iconoclastas, la estética estafalaria del nuevo rico, su verbo rasposo y el siempre afán desafiante.

Unas historias que tienen una magnífica equidistancia con el Ezequiel, aquel personaje barbado, desparpajado e insolente culichi de Cid Vela, el mejor comediante sinaloense, alter ego de muchos buchones y jóvenes que consumen ávidamente el pan, la cerveza, el polvo y el Buchanan's de la narcocultura.

—¿Qué onda bato, ya mejor...?

—¡Ya mejor!

—¿Y, tú?

—Cerrando mi nuevo libro de crónicas.

veces en el monte de la serranía o, en la llanura de los desiertos del norte. Y que merece contarse para tener una película completa de esa sociedad y segmento militarizado que provoca temor y respeto. Hoy empoderado, como nunca, por López Obrador.

—Excelente —le dije mientras me imaginaba a Javier sentado en una piedra de la sierra escuchando y preguntando a un joven serrano metido en la milicia y explicando su vida cotidiana, el peso de las jerarquías militares, las largas estadías en medio de la nada, cuidando el ac-

UN CORRESPONSAL DE GUERRA EN SU PROPIA TIERRA

«Un manotazo duro, un golpe helado
Un hachazo invisible y homicida
Un empujón brutal te ha derri-
bado.»

MIGUEL HERNÁNDEZ



Francisco de Anda Corral*

LA MEMORIA DE JAVIER VALDEZ CÁRDENAS está hoy más presente que nunca y su ausencia sigue calando hondo. Su pluma y su voz nos siguen faltando. Este 15 de mayo de 2022 se cumplen cinco años de su asesinato. De no ser por la bala homicida, Javier hubiera celebrado con nosotros el número 1000 de Ríodoce, el semanario que fundó y por el que dio la vida.

Su recuerdo nos alerta nuevamente sobre la fragilidad del periodismo que no se vende y no se calla. Nos hace voltear la mirada hacia esos años que siguieron a 2017, hasta el presente, y constatar que, en el farragoso túnel de los 1773 días de impunidad, al cierre de este texto, no alumbraba la justicia.

Javier era un *rara avis* del periodismo, no sólo por su valentía de reportear y escribir lo que pocos se han atrevido, sin concesiones ni cortapisas, sino por esa fascinación suya por la pregunta constante, por esa curiosidad sin límite y una actitud siempre autocrítica del propio oficio, que lo convertían en un detective de bajos fondos ante la sordidez del entorno, pero también frente a la compleja condición humana.

Nos conocimos en 1995, en un aula de la Universidad Autónoma de Sinaloa, ambos como estudiantes de la primera generación en la Especialidad en Estudios Electorales. De cierto modo fuimos, en aquellos años, como se decía antiguamente “compañeros de galeras” en el periódico *Noroeste*. Lejos estaba aún la osadía de Ríodoce.

Era el preguntón de la clase, el que no se conformaba con cualquier respuesta, inquiría, disentía e invitaba a continuar las discusiones más allá de los espacios formales, en un café o en una cantina, daba igual, siempre con una pregunta afilada. Uno a veces se inhibía porque, aun entre amigos y colegas, te daba la sensación de que siempre te estaba reportando.

Desde entonces, le eran ya inocultables dos pasiones: el periodismo y la literatura. Ávido lector tanto de autores clásicos como de contemporáneos, lo que le permitió incursionar en esa vereda del periodismo narrativo en la que muy pocos colegas transitan con éxito.

Ese talento lo llevó a plasmar jirones de realidad en sus historias de ficción. Así nacieron, primero

Malayerba, el compendio de crónicas que generosamente me envió en un CD, que aún conservo, para conocer mi opinión, y luego *Miss Narco*, *Levantones*, *Los morros del narco...*, todos con el denominador común de contar cómo permean la cultura y las estructuras del narcotráfico la vida cotidiana, y cómo impactan y se cobran la vida de los eslabones más frágiles de la cadena.

Cuando leí las primeras *Malayerba* quedé impactado por ese lenguaje inédito en el periodismo de esos años, el uso de la jerga sinaloense, ya de por sí florida y simpática, el registro del habla popular, y la capacidad de crear escenarios ficticios a partir de una realidad abrumadora. La semilla de la descomposición social que hoy vivimos estaba sembrada con mucho tino en esos textos.

En esas crónicas callejeras, Javier ensayó y se decantó por el *journalismenoir*, una ficción literaria más cercana a la vida real que a la invención. Propuso un género híbrido que revelaba las estructuras de la maldad y sus mecanismos protegiendo la identidad de las víctimas, que plasmaba el horror y la sevicia, sin olvidar las encrucijadas de las almas transidas por la tragedia del narcotráfico.

Esa fue su lucha durante más de quince años, mostrar con terquedad que los llamados “daños colaterales” no eran *peccata minuta*, que las víctimas de esa guerra cruenta no merecían ser sólo un número estadístico ni el soslayo de quienes se coludían en la sombra para mantener el narco gobierno.

Desde su trinchera reveló las historias de viudas, hijos huérfanos, madres y hermanas de desaparecidos, mujeres obligadas a la prostitución, jóvenes arrojados de las aulas hacia el menudeo o el sicariato, mientras una sociedad aga-

zapada en sus inercias miraba a contra esquina de la barbarie, tratando de esquivar el terreno minado.

Para decirlo en palabras de Marcela Turati, Javier Valdez fue “un corresponsal de guerra en su propia tierra”. No tuvo que salir del país para cubrirla porque la tuvo en casa, y las balas que cegaron su vida lo alcanzaron en su propio campo de batalla.

La tinta de su último libro, *Narcoperiodismo*, aún enloquecía al olfato cuando lo mataron. Javier tenía claro que los periodistas que ejercen desde las entrañas del monstruo tenían que cuestionarse, poner a prueba el oficio como episteme, y preguntarse si había motivos éticos para autocensurarse o, en el extremo opuesto, traicionar la verdad en aras del reflector o del beneficio propio.

Por desgracia, la pregunta que vertebra esa obra periodística: ¿Quién ordena la ejecución del autor de una nota que nunca debió publicarse?, expuesta con claridad por sus colegas de Ríodoce, sigue hoy latente y actuante en muchas regiones de México ante la creciente ejecución de periodistas y la omnicida inacción del Estado.

Javier Valdez ya no está con nosotros, pero el levitán que trazó con honestidad y maestría todavía sigue aquí. La bestia sigue allí, engullendo a quien se interponga a su paso y se niegue a su expansión, secuestrando conciencias y arrastrando al infortunio o a la muerte a miles de inocentes.

¿Quién ordena la ejecución del autor de una nota que nunca debió publicarse?, nosotros seguimos preguntando y esperando una respuesta. ■

*Periodista.



Edición 745 del 6 de mayo de 2017. El origen del crimen.

Los atajos de la muerte

Ismael Bojórquez*

JAVIER ACABABA DE CUMPLIR 50 AÑOS Y NOSOTROS YA NAVEGÁBAMOS POR LOS 61, ASÍ QUE ERA HORA DE VER CÓMO ESTÁBAMOS DE SALUD. SOÑÁBAMOS, A PESAR DE ANDAR SIEMPRE SOBRE UN CAMINO MINADO, CON UNA LARGA VIDA. Y CON MORIR DE VIEJOS O DE AMOR.

Había una buena oportunidad en el Hospital Civil. Durante años nos ha favorecido con publicidad y con una buena gestión podíamos conseguir un intercambio comercial para que nos hicieran lo que ellos llaman un *check up*. Es un estudio integral donde te escanean desde la punta de los pies hasta el último cabello. A unos los estresa al grado de que tienen que apretar una bombilla que te ponen en la mano derecha por si te desesperas y, entonces, el estudio se detiene un momento mientras te repones. Pero a otros, como a Javier, los relaja al grado de que alcanzan a echar un coyotito.

Son 50 minutos en los que te meten a una cápsula y cuando te colocan un aparato en la cabeza tienes la sensación de que el que dirige la operación es Stanley Kubrick.

No te puedes mover y si lloras, ríes como loco o te orinas, nadie lo sabrá. Te envuelven el ruido y el movimiento de los aparatos que te van escaneando por zonas en medio de sonidos contrastantes: los pies, las piernas, las caderas, las partes blandas, todos los órganos y la cabeza. Cuando sales preguntas por necesidad cómo te observaron, pero nadie te responderá nada porque nadie sabe nada todavía.

Me encontré a Javier cuando yo salía del hospital. Iba solo y muy relajado.

— ¿Cómo te fue?

— Bien... Hay mucho ruido ahí adentro, pero bien.

Era sábado. Cayetano Osuna, el otro de los fundadores de Ríodoce que ha sobrevivido a esta locura, se lo hizo dos días después.

El martes nos dieron los resultados a Cayetano y a mí, pero no a Javier Valdez. Le dijeron que tenía que ir a hacerse otro chequeo más específico y nos empezó a preocupar.

Le habían encontrado algo en la glándula tiroides. Eran dos nódulos, uno pequeño y el otro del tamaño de un limón. Le hicieron una biopsia y enviaron la muestra a un laboratorio privado porque ahí tendrían los resultados en menos días. Los médicos estaban más nerviosos que él.

Por esos días recordamos la historia que nos contó Lourdes, empleada del hospital y nuestro enlace. Ella se hizo el estudio y le detectaron cáncer en la tiroides. El médico le dijo que podían tratarlo pero que corría el riesgo de que volviera a brotar. O que le podían extraer la glándula

pero que subiría de peso. Malhablado, le dijo sin pensarlo dos veces: “sáquenmela a la chingada”.

“Yo estoy preparado para lo que venga”, me dijo Javier.

Ese viernes el cierre transcurrió sin contratiempos. En una edición de 36 páginas, llevábamos en la portada el ominoso crimen, en Mazatlán, del abogado penalista Miguel Ángel Sánchez Morán, un hombre de reconocido prestigio. Y un reportaje sobre cómo el gobernador y sus colaboradores habían rasurado sus declaraciones patrimoniales.

Javier, en su última entrega de *Malayerba*, escribió una columna titulada «El licenciado», que no tiene nada que ver con el capo de Eldorado, aunque muchos así lo interpretaron.

Ya hacía tiempo que Javier me ayudaba en la corrección de textos y me proponía portadas. Se emocionaba como niño cuando no le cambiaba ni una coma y se decepcionaba como novia cuando le desmontaba todo.

Por la tarde me avisó que saldría un momento. Yo no recordaba que ese día le entregarían el resultado de los exámenes. Estaba editando trabajos cuando regresó y me tiró unos papeles al escritorio.

—No tengo nada —dijo.

—¿Qué?

—Que no tengo nada cabrón, no tengo cáncer.

—¡Óooraleweiii, qué bien!— Tomé los papeles y leí cosas que poco entiendo. Se los regresé con un: qué chingón, wei, y le sugerí que se tomara un tequila para festejar. Yo se los servía siempre y se los llevaba al rinconcito donde trabajaba.

—No puedo —me dijo con pesar— estoy en un tratamiento para la sinusitis.

—Uta madre. Ese día me fui temprano porque tenía una cena y se quedó a cargo. Y ya no nos vimos hasta ese mal día lunes 15.

Una amiga de él me contó después que se lo encontró el sábado, le compartió eso de los estudios y, decepcionado, le dijo que en realidad él quería que le diagnosticaran cáncer, porque “así por lo menos sabría de qué chingados me voy a morir”.

Dos días después lo asesinaron. ■

Artículo publicado en el blog Pen Piensa (<https://penpiensa.com>).

*Director de Ríodoce.